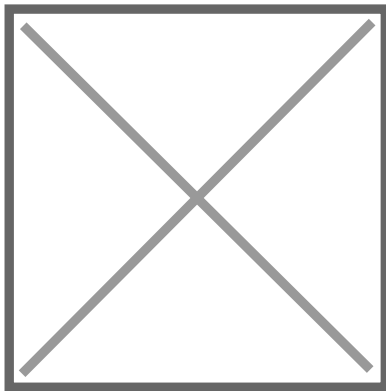




Esta es la segunda vez en mi vida que participo en la presentación de un libro. Hubo una razón que me animó a hacerlo, y es que se trataba de Hernán Díaz Arrieta y Proust. En la oportunidad anterior en que participé como presentador de un libro, se trató de "Veintidós años de crítica", de José Miguel Ibáñez Langlois. Siento que me ha tocado la suerte, si es que la suerte existe, de introducir al público dos obras excelentes, que contienen algunas páginas de los dos mejores críticos literarios que ha tenido Chile: Hernán Díaz Arrieta y José Miguel Ibáñez Langlois. Este es un hecho de la causa y no estoy sonando con ello que haya hablado otros grandes críticos, como Enrique Libe, Juan de Luigi, Ricardo Latcham, Carlos Silva Villalón, Emilio Valente.

La crítica literaria es uno de los espacios culturales más disuñados de una nación; en, quizá, la forma superior de la conciencia literaria de un país, es la carta de presentación de lo que es la literatura y la cultura de un país, en suma, de lo que, en términos espirituales, se es como nación.

Enoismo

Nunca he tenido nada contra la sinopsis y el enoismo; no me resultan rasgos antipáticos en la poesía —hago aquí sinopsis y sinopsis con eso, si bien la primera palabra es un chileño que en su origen significa algo muy distinto—. Y he conocido a muchos sinopsistas y sinopsistas encantadores y excelentes personas. Digo esto, porque no cabe ninguna duda de que Díaz Arrieta fue un ensayista de marca mayor y en "Para leer a Proust: La mirada de Alone", él escribe sobre un ensayista sublime, alguien que a lo mejor es la representación suprema de enoismo que ha habido en la literatura. Ambos, Proust y Díaz Arrieta, compartieron ese talento.

Quisiera destacar el notable prólogo del libro: breve, sencillo, accesible, en un tono que prepara al lector para lo que viene y que conserva siempre un discreto segundo plano, lo que es excepcional, hoy por hoy, sobre todo en Chile. En el presente, todos los prólogos para las obras de otros autores, redactados por supuestos "especialistas", son eternos, labiosos, mal escritos, repletos de citas y tan protagonizados por parte del prologador, que uno finalmente no sabe qué es lo que está leyendo, o qué es lo que va a leer, si las ideas del especialista o el texto del escritor a quien se introduce. Weinbaum escribe un conmovedor prólogo pero ni al nadie puede anticipar la maravilla que va a venir.

Y aquí deseo formular, en forma muy concisa, la única crítica sería al libro: tiene gusto a poco. Es posible que no pudiera ser de otro modo, ya que el plan consistía en editar únicamente lo que Díaz Arrieta escribió sobre Proust en "La Nación", durante 1928 y no lo que publicó después. Así y todo, estimo que la obra se habría enriquecido con las crónicas que el crítico hizo para "El Mercurio" e, incluso, con el par de extensos artículos —me parece que fueran dos

Libro "Para Leer a Proust: La Mirada de Alone":

Para Leer a Alone

Por momentos se advierte en la magnífica escritura de Díaz Arrieta, analizando la gran novela de Marcel Proust, un estilo narrativo que bien podría mejorar, a veces, la prosa del autor francés en su calidad descriptiva y opulencia expresiva.

Por Camilo Marks*



Díaz Arrieta fue un ensayista de marca mayor y aquí él escribe sobre un ensayista sublime, alguien que a lo mejor es la representación suprema de enoismo que ha habido en la literatura.

o tres domingos seguidos — que dedicó a la biografía de Proust, realizada por George Painter. Pero contentándonos con los ocho ensayos que aparecen en "Para leer a Proust", ya tenemos bastante.

Si existe un novelista moderno gracias al cual se acuñó un vocablo de uso universal, ese escritor es Proust. Proustiano es la palabra derivada de su nombre. El otro escritor, claro está, es Kafka y muy seguido, en forma cotidiana, empleamos el término kafkiano para aludir a algo. A lo menos, en nuestro idioma, no es común decir joyeano, volfrámico, musiliano, ni siquiera frankensteiniano, pero sí la influencia de William Faulkner en la literatura latinoamericana. La gran diferencia, cuando usamos "proustiano" o "kafkiano", es que todo el mundo sabe lo que habla cuando dice kafkiano, pero nadie podría definirnos en qué consiste un carácter proustiano, una tendencia proustiana, ni siquiera un estilo proustiano.

Ahi reside, de inmediato, la grandesa de Díaz Arrieta, pues, mientras la obra más conocida de Proust, se terminaba de publicar en 1927, él la estaba leyendo en francés, un año después, ya no expresa con claridad soberana, magnífica, en qué consiste la diferencia, el alirio distintivo entre este escritor y los que lo precedieron (y los muy pocos grandes autores que lo siguieron). Proust es único, señero, incomparable, singular no sólo por su estilo, su visión del mundo, la naturaleza y los seres humanos, el tratamiento del tiempo y la memoria, la capacidad intelectual y resolutiva portentosos que poseía, sino que también es único por su plan narrativo y porque ese plan narrativo es su vida misma, una vida en la que se funden la arquitectura monumental de la obra, con los detalles mínimos, ínfimos, incluso triviales, de esa existencia.

No extraña, considerando quién fue y cómo fue Hernán Díaz

Arrieta, esa identificación suya con Proust. Aparte de los aspectos anecdóticos o pintorescos, hay un paralelo evidente: la dedicación de una vida entera a la lectura y a la literatura. En el caso de nuestro crítico —como en el de Proust—, eso no excluyó otras actividades, otras preocupaciones, otras cosas. Pero lo que le dio el máximo sentido a sus vidas fue, indudablemente, la literatura. En cuanto a los textos de Hernán Díaz Arrieta y resalta ya la espléndida transparencia de ellos, yo señalaría dos aspectos generales, para redondear el efecto que producen tras su lectura. El primero de ellos es el de descubrimiento y la revelación que trae consigo ese

atención sobre Gabriela Mistral, Neruda, Marta Brunet, González Vera, Manuel Rojas y muchos otros. También tuvo caldas admirables, incluyendo, verbi gratia, a Augusto D'Halmar y Pedro Prado, que situó entre los cuatro grandes de la literatura nacional, o escribiendo extensas crónicas sobre obras muy insignificantes, hasta el punto en que, tantas veces, como sucedía con Díaz Arrieta, sus páginas eran mucho más vividas que los títulos criticados. Pero Proust fue un descubrimiento casi bíblico, un verdadero "camino de Damasco". Por eso tenemos esas páginas maravillosas, y me atrevería a decir que, en algunos momentos, la prosa de Díaz Arrieta supera a la de Proust, mientras el primero habla de la obra del segundo. Su ardor, su entusiasmo casi fanático, su comprensión instantánea y profunda del autor, son de tal magnitud, que su propia prosa, tan inteligente y significativa, se eleva, en este caso, a alturas que pocas veces alcanzó y puede compararse, sin detrimento para nuestro crítico, con la del autor que está leyendo para nosotros. Y si digo que a ratos la supera, es porque, efectivamente, el resplandor y la opulencia expresiva son, por momentos, más elevados que los interminables, agobiantes, sentados párrafos proustianos.

Crítico "impresionista"...

Se ha dicho, a menudo, que Díaz Arrieta fue un crítico "impresionista" y yo nunca he entendido lo que esta palabra quiere decir en relación con la prosa del

Se ha dicho, a menudo, que Díaz Arrieta fue un crítico "impresionista" y yo nunca he entendido lo que esta palabra quiere decir en relación con la prosa del escritor chileno.



descubrimiento, junto con la forma en que ambos se transmiten al lector. El segundo es el de la autonomía de tales textos, pese a que se trata de la lectura de otra obra, de la visión que un individuo particular nos está entregando en torno a determinado autor.

En cuanto al efecto de descubrimiento, y al modo como él se traslapa al lector, en los ocho ensayos editados por Weinbaum, diría que se mantiene intacto, fresco, poderoso, natural, a lo largo de todas esas páginas. Obviamente, Proust no fue el único autor "descubierto" por Díaz Arrieta para nosotros; por vía meramente ejemplar, en el caso de la literatura chilena, antes y después de Proust, nos llamó la

atención sobre Gabriela Mistral, Neruda, Marta Brunet, González Vera, Manuel Rojas y muchos otros. También tuvo caldas admirables, incluyendo, verbi gratia, a Augusto D'Halmar y Pedro Prado, que situó entre los cuatro grandes de la literatura nacional, o escribiendo extensas crónicas sobre obras muy insignificantes, hasta el punto en que, tantas veces, como sucedía con Díaz Arrieta, sus páginas eran mucho más vividas que los títulos criticados. Pero Proust fue un descubrimiento casi bíblico, un verdadero "camino de Damasco". Por eso tenemos esas páginas maravillosas, y me atrevería a decir que, en algunos momentos, la prosa de Díaz Arrieta supera a la de Proust, mientras el primero habla de la obra del segundo. Su ardor, su entusiasmo casi fanático, su comprensión instantánea y profunda del autor, son de tal magnitud, que su propia prosa, tan inteligente y significativa, se eleva, en este caso, a alturas que pocas veces alcanzó y puede compararse, sin detrimento para nuestro crítico, con la del autor que está leyendo para nosotros. Y si digo que a ratos la supera, es porque, efectivamente, el resplandor y la opulencia expresiva son, por momentos, más elevados que los interminables, agobiantes, sentados párrafos proustianos.

escritor chileno. De manera evidente, quienes así lo califican, no poseen la posibilidad de un tipo de oscuridad objetiva, despersonalizada, tal vez carente de estilo y, por cierto, sin gracia, sin que se note por ningún motivo la intervención de quien escribe. Sin contar con que ello es imperceptible, no hay nada menos "impresionista" y nada más objetivo que estas páginas —y muchísimas otras, además— de Díaz Arrieta. Hay algo más objetivo y real que entender a la perfección todo lo que uno está leyendo, si bien ello acontece, inevitablemente, a partir de lo que escribe la persona subjetiva de otro. El calificativo de impresionista es ridículo, cuando es aplicado al escritor chileno.

El problema es que, en general, esta suerte de epíteto, que se ha puesto algo de moda últimamente, proviene de círculos académicos y periodísticos que, en materia de crítica literaria, en materia de literatura, no han producido nada valioso, nada representativo, nada estimulante en los últimos veinte o treinta años.

El segundo —y último— punto que trataré, relacionado con estas páginas de Alone, es el de la autonomía de ellas en conexión con las obras que el crítico comentaba, lo que se adapta, de modo muy concreto, al caso de Proust. Probablemente, a lo largo de veinte años de carrera, Díaz Arrieta —quizá sus obras completas superarían, en número de páginas, a las del propio Proust—, nuestro crítico, sea menos coherente, y bajo ciertas ángulos, menos vigente de lo que ha sido José Miguel Ibáñez. Quizá, en el conjunto de su obra, advertimos varios, omisiones arbitrarias, preferencias irracionales y, como ya lo indiqué, atenciones excesivas hacia autores y autores que no las merecían. Sin embargo, un escritor que llenó tal número de páginas y que jamás fue aburrido, pues nunca dejó de pensar en el lector, su destinatario —siendo tan "impresionista" y subjetivo, que en cada artículo o cada ensayo y en cada uno de los libros que publicó produjo un todo armonioso, gracioso, bello, muchas veces resplandeciente—, es un caso singularísimo en la historia literaria chilena.

Uno de los panfletos, en la mesa redonda que se celebró sesenta y siete años después que los textos de Díaz Arrieta sobre Proust fueran publicados en "La Nación", en 1995, afirmó, a lo proustiano, que era proustiano, no, al hablar de Proust. Yo añadiría: es difícil que en nuestro idioma se hayan concebido páginas mejores sobre el escritor francés. He vuelto a leer el corto ensayo de Ortega y Gasset, en torno a Proust ("Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust", de 1922). Su comentario acerca de Proust es, por completo, declarado, grueso, obvio, casi leer, si lo comparas con las páginas de Díaz Arrieta. Un amigo escritor —uno de los pocos amigos escritores que tengo— me informó que Pedro Ibáñez había escrito algunas páginas formidables sobre el maestro francés. Desgraciadamente, no las conozco. Pero como recuerdo lo que se escribe hoy día en España y Latinoamérica, me resulta inadmisible suponer que alguien escriba hoy, o haya escrito, en el pasado reciente, en idioma castellano, páginas de calidad semejante a las que escribió Hernán Díaz Arrieta.

Que en 1928 las páginas de Hernán Díaz Arrieta se hayan escrito en Chile es un milagro y, así como el protagonista de la obra de Proust —o sea, el propio Marcel— recupera el tiempo, o un fragmento o un estallido momentáneo de él, hacia el final de su epopeya, gracias a este libro nosotros recordamos el milagro de la prosa de Hernán Díaz Arrieta. **PM**

*Discurso de presentación del libro "Para leer a Proust: La Mirada de Alone". Camilo Marks es crítico literario y autor de la novela "Los Ocultos del Poder" (Alfaguara Editores) y de la novela "Unidad Cuarta" (Chilean de la editorial Sudamericana).

Para leer a Alone [artículo] Camilo Marks.

Libros y documentos

AUTORÍA

Marks, Camilo, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Para leer a Alone [artículo] Camilo Marks.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile